



La voz de Dios

Nuevamente ha hecho Dios un llamamiento a la humanidad.

Ha sido un llamamiento solemne y oficial.

Lo ha hecho por medio de su Vicario el Papa Pío XII.

El Papa ha celebrado la Santa Misa que es el acto supremo de religión, celebrada por el Jefe Supremo de la Iglesia en la tierra.

Al mismo tiempo han celebrado la

Santa Misa en todo el mundo millares de Obispos y curas por mandato expreso del Sumo Pontífice y muchos miles de sacerdotes en todas las partes del mundo.

En todos los países, en todos los climas, en todas las razas, A TODAS LAS HORAS en ese día grandioso.

¡Qué espectáculo tan sublime!

En todas partes — como anunció Malaquías — se ofrece al Señor la Hostia pura.

Lo más escogido de la Humanidad, todo el cuerpo oficial de la Iglesia en una plegaria colectiva y repitiendo incesante el sacrificio del "Cordero de Dios que quita los pecados del mundo". Al mismo tiempo habla el Papa por la radio a todo el mundo; gime ante las catástrofes espantosas de la guerra; llama a todos a la paz; encomienda a Dios a los muertos de la lucha; implora la misericordia divina para esta humanidad desgraciada y exhorta a todos — en nombre del Señor — a renovar totalmente la vida conforme a la ley de Dios.

Así se alzaban los profetas en medio del pueblo de Dios.

Así hizo Jesús dando su Nueva Ley y sellando el Testamento con su sangre y fundando la Iglesia continuadora de su misión santificadora y depositaria de su Palabra y de su Autoridad.

La voz de la Iglesia es la que en todas las épocas ha llamado al hombre que se descarriaba y lo ha enca-

minado por la senda de los divinos preceptos.

El hombre se olvida y se ofusca fácilmente y se deja arrastrar por las pasiones y aparecen en el mundo una relajación mayor de costumbres y la vuelta al paganismo y desenfreno moral.

La revolución roja ha sido una de esas espantosas desviaciones.

Parecía que el hombre debiera haber escarmentado en presencia de tan horrendos crímenes y convencerse de que es la Religión la que frena sus pasiones y orienta su vida y da sentido a sus actos y provecho a sus virtudes.

Podríamos creer que la pasada tragedia sería una expiación completa y un retorno brioso a la vida elevada y seria, al espíritu sobrenatural de la vida cristiana.

Pero no ha sido así.

Los que han sucumbido han ganado SU VICTORIA. ¡Dichosos ellos!

Dios nos ha concedido un triunfo rotundo y definitivo como no podíamos esperar.

El Estado ha proclamado repetidas veces su reconocimiento y gratitud a Dios por la victoria, se ha esforzado en dar a la nueva España leyes cristianas que le den vida.

Sin embargo son muchos los que se han olvidado del precio terrible de la victoria y tienen su mira y su afán únicamente en pasarlo bien.

Siempre el hombre tiende — ya lo

El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XLII Zaragoza, 5 de diciembre de 1940 N.º 948

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle Mayor, 6, 2.º dcha.

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ: General Franco, 1.

Almacenes del Portillo

SALUDO A FRANCO ¡¡ARRIBA ESPAÑA!!

Un ejemplar, 2 ptas. al año; diez ejemplares, 10 ptas.

Ayuntamiento de Madrid

hemos dicho—al placer. En la actualidad los inventos modernos (como dice el Papa Pío XI en la Quadragesima) proporcionan abundantemente muchas comodidades y la humanidad pretende transformar la tierra en un paraíso, en que se hayan proscrito todos los dolores y tengan remedio todos los males y puedan gozar sin zozobra alguna ni preocupación de otra vida.

Es una nueva paganización de la vida. El resultado es un recrudecimiento de ambiciones y egoísmos para gozar AQUÍ y AHORA lo que se pueda.

Es preciso levantar la mirada al cielo donde tendremos la felicidad. En este mundo no es posible. El placer y el egoísmo embotan el alma y transforman al mundo en un infierno de guerras y males.

La caridad cristiana nos hace ver en otro hombre un hermano, nos hace amarle y compadecer al que sufre, nos da fuerza para vencernos y soportar las penalidades de la vida y nos hace merecer la gloria.

Es necesario—como dice el Papa—pedir a Dios, expiar humildemente nuestros pecados y reformar nuestra vida con austeridad cristiana.

FIDEL ROMANO

B E L E N

Bulla y algazara
hay en el Mesón;
afluyen las gentes
con prisa y temor;
que ha mandado al

el Emperador
que todos acudan
a hacer el padrón.

María y José
oyen otra voz
y van a Belén
llamados por Dios.

No encuentran
(albergue
ni aun por compasión,
viendo a aquella Joven
más bella que el sol,
que lleve en su seno
a su Redentor,
que va a nacer pronto
trayendo el perdón.

Se van al Pesebre
sólicos los dos,
con las pobres bestias
que les den calor.

A la media noche
nace allí el Señor,
el Rey de los Cielos,
Supremo Hacedor.

Inunda el Pesebre
celestes fulgor
y cantan los ángeles
al Rey de Sión:

"Hosanna en los cielos,
gloria al Salvador,
paz para los hombres
de buen corazón."

MARIANO

A la Inmaculada Concepción

Atónito me quedo al contemplar,
Virgen santa, tu gloria y tu pureza;
Encuentro en Ti tal gracia, tal belleza

Madre mía imposible de explicar:
Azucena sin mancha, iris sin par?
Rosa de Jericó? ¿Tú en gentileza
imitas a la palma? ¡Tú en grandeza

Sólo quiero mi vida para amarte,
Tenerte mi existencia consagrada,
Estar bajo el amparo de tu manto;
Lenguas sólo tener para alabarte,
Labios sólo tener para besarte,
Abismarme en el sol de tu mirada!

Aquí en la tierra y en el cielo santo,
Virgen inmaculada!
Entonando a tus pies eterno canto.

J. A.



TRIBUNAL BARATO

Rum, rum... rum, rum
rum, rum, rum, rum rum;
rum, rum... rum, rum,
rum, rum, rum rum rum...

Esta noche es noche güena
y no se puede dormir,
que hay que alegrase tol mundo
y nos himos de divertir.

Rum, rum... rum, rum;
rum, rum, rum, rum, rum...

Al que se vaya a dormir
io iremos a despertar

con guitarras y zambombas
y se tendrá que devantar.

—¡Macario!

Rum, rum... rum, rum,
rum, rum, rum, rum, rum...

El día de Navidá
ha de ser de mucho ruido
pa que sentere tol mundo
que ha nacido Jesucristo.

—¡Macario!

—¡Siñor...!

—¿Qué es eso, que tanto estruendo
armas?

—Estoy ensayando pal día Noche-
güena.

—¿Y para eso haces esos ruidos
que tiembla toda la casa con ese rum,
rum?

—¿Aun le paice a usté poco la fiesta
de Navidad? Es menester que hai-
ga güen recau de ruidos, que bien se
lo merece Nuestro Señor.

—Y esas jotas...

—Aspere, aspere...

Rum, rum...

—Deja el rum rum, que me atur-
des; ven aquí...

—Mi apañau una zambomba con el
cuenco...

—¡Bendito sea Dios! ¿Cómo eres
tan bruto?

—El año pasau el chico del tío Co-
lás aturdía tol pueblo con la zam-
bomba que s'hizo con una olla y no
se sintía ni aun lo que hablaban; y
venga amolanos con el rum rum. Y
yo le dije "aguarte, aguarte, que ya
me las pagarás el año que viene", y
no l'hi de dejar hablar ni ha de dor-
mir denguno del pueblo.

—Pero en obsequio de Nuestro
Señor...

—Pues claro, todo se lo merece
Nuestro Señor. Siempre himos visto
pa las fiestas tirar firme güetes y tiros
y por la noche a rondar y a no dejar
dormir a naide, que no tienen ver-
güenza de dormir en esa noche. Es
noche pa divertirse uno to lo que pue-
de, que ha nacido Nuestro Señor.

¡Atención, suscriptores! La Administración de El Eco de la Cruz

Ayuntamiento de Madrid

—¿Y eso qué tiene que ver con el Niño Jesús?

—¡Ah...! Aun dirá usted que no haiga fiesta. Pues siempre ha habido y la más grande del año.

—¿Pero qué tiene que ver el nacimiento del Niño Jesús con todo ese barullo y profanación?

—Siempre himos visto que cuando nace uno es día di alegría y hay bautizo y los ricos gastan güen recau de perras en comer y beber y tiran peladillas y caramelos... pues ahura que nace el Hijo de Dios por mucho que comamos y bebamos y nos alegremos nunca es bastante. Salcuerda usted cuando nació el Pepico, el chico de don Pepe? Lo que comimos aquel día: el día mejor de mi vida; nos hartemos de pollo, longaniza, magra... ya no podía más y a empujalo con güenos tragos... ¡y qué vino tan rico! pero ya no podía más; y aún quedaba muchísimo, y m'hacía mucho duelo y pa que no se perdiere, otro bocau, que no podía cuasi alentar, y otro trago... hasta que perdí el conocimiento, que si no no hubiá parau... y mesperté al otro día por la tarde en mi güena cama y ya lo habían recogido to lo de la mesa... que aun quedaba güen tajo...

—Eso no lo cuentes; pareces un cerdo.

—Sí, señor; a los que más envidio, tan gordos y tan lustrosos; no les hacen pasar hambre nunca.

—Ni tú tampoco lo pasas.

—No señor... Don Pepe estaba loco de contento porque tenía un chico; pues fíjese usted si hay motivo pa alegranos de que haiga nacido Nuestro Señor.

—Justo, muy justo es que haya alegría, la más grande alegría, por haber nacido el Salvador de la Humanidad; pero es preciso que sea una alegría cristiana; no es un obsequio al Señor esos estruendos atronadores que parece que os gozáis sólo en alarmar y molestar a las gentes; y no habéis de mezclar cosas impertinentes y groseras. Ese día es muy grande y muy santo y debe ser todo pureza y santidad. Si queréis cantar al Niño Jesús, cantadle cosas de respeto y cariño y que expresen una fe grande recordando con la mayor gratitud el gran día en que nació el Señor, en el cual Dios envió sus ángeles a Belén para que cantasen aquel himno celestial que la Iglesia repite en la Misa todos los días "Gloria a Dios en los cielos y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad."

—¿Y eso es una canta?

—Claro que sí, un cántico de ángeles que jamás había escuchado el hombre.

—Pues si sintiera usted las jotas que himos de cantar pa Navidá...

—¡Calla, necio! como las que has cantado antes, como cosa tuya.

—Escuche, escuche...

Ha nacido Jesucristo
en el Portal de Belén
entre María y José
y la burrica también.

—¿Qué le paice? Es de la tía Rosica la REZADORA.

—Como de la tía ROSICA.

—Ha nacido en el Portal
el Redentor de los hombres;
le cantan los angelicos
y le adoran los pastores.
Rum, rum... rum, rum...

Sobre unas pajas se acuesta
el Hijo del mismo Dios
para elevar la pobreza
y salvar al pecador.

El Niño Jesús sonríe;
y María se embelesa;
San José lo está adorando
y los ángeles contemplan.

Tilín, tilín...

—¿Está el señor Mago?

—Adelante...

—Güenos días tenga usted...

—Muy buenos nos dé Dios a todos.

—Miusté, un servidor es de Valde-
rranas.

—No lo he oído ese pueblo nunca.

—Es güen pueblo, pero no hay ranas, que no hay agua más que cuando llueve. No sé por qué le pusieron ese nombre. Son güena gente y van mucho a misa y a comulgar. Y ahura este Mosén nos hace cantar a todos y está muy bien la misa pero sepeña en que cantemos todos. Yo y la Petra, ques la parienta, himos cantau como el que más cuando éramos mozos, pero ahura ya no tiés humor y paice la voz la puerta el corral; miá pues la tía Gosefica, y el tío Curro y la Cerila y el Giboso... ¡qui orquestal! A más nos roña de todo. El año pasau en la misa el Gallo sepeñó en que no había de respirar ni una mosca; y estabas sofocau que paicia que tiba a dar algo, sin poderte regolver, como si fuas de palo. Le digo a usted que si este año es lo mismo no güelvo más. ¡Vaya una fiesta! Denantes daba gozo lalegria qui había por todo; chicos, chicas y viejos tos contentos. Hablaban una miaja y te rías si alguno hacía algo—cosa é chicos—pero no pasaba di ahí y paicia fiesta del pueblo...

—No sigas. Ese señor Cura es todo un carácter. Ha encontrado un pueblo con unas costumbres degradantes que convertían la iglesia en una feria y ha querido que la iglesia sea—como debió ser siempre—casa de oración. Vosotros debéis agradecerle a Dios que os haya mandado a ese Cura y debéis seguir puntualmente sus órde-

Tip. EL NOTICIERO. Coso, núm. 79

nes. En ese día, glorioso ha de haber mucha alegría; pero en la iglesia más respeto que nunca. Cantad la misa, aunque tengáis mala voz, y veréis qué solemnidad tan conmovedora tiene la función. Id con el alma pura, confesaos y comulgad y veréis cómo entonces percibís de otro modo la grandeza de ese día. Así es cómo os aprovecharéis bien de las gracias que nos trajo el Señor al mundo. Después ya no importa que os hagáis buena comida y os alegréis también materialmente para que la alegría sea completa y procurad que no haya ninguna tristeza en vuestra casa ni en vuestros amigos; sabed sacrificaros y no disgustéis a nadie, a los hijos, criados, vecinos: procurad que a nadie falte, en ese día sobre todo pan y alegría, dando algo a los necesitados para que todos tengan un poco de felicidad, porque es día de la felicidad humana. Y pidamos todos como quiere el Papa, para que el Señor nos conceda la paz de justicia, de caridad que sólo puede dar el que vino al mundo como Príncipe de la Paz.

—Está muy bien, tiene usted razón.

EL MAGO

Advertencia importantísima

Todos nuestros lectores saben y sufren los trastornos producidos en la economía a consecuencia de las revoluciones que hemos padecido y gloriosamente dominado. La alteración de precios ha sido muy grande en todas las cosas. "El Eco de la Cruz" ha querido seguir con los precios que publica en sus páginas hace más de veinte años, caso único en España; pero el alza ha continuado incesante y hace precisa una elevación de precios, que serán, con todo y como siempre, muy inferiores a lo corriente. Seguros estamos de que la gran familia de nuestros suscriptores, tan adictos, a pesar de los trastornos padecidos, aceptarán gustosos estos nuevos y modestos precios para hacer posible la publicación de "El Eco de la Cruz".

Precios de suscripción de "El Eco de la Cruz" que regirán desde 1.º de enero de 1941

| | |
|------------------|---------|
| 1 ejemplar | 2 ptas. |
| 2 " | 3 " |
| 3 " | 4 " |
| 4 " | 5 " |
| 5 " | 6 " |
| 10 " | 10 " |
| 100 " | 100 " |
| 500 " | 400 " |
| 1000 " | 800 " |

"El Eco de la Cruz", con original propio en la 4.ª plana, es muy útil para "Hojas Parroquiales", "Asociaciones de Antiguos alumnos", "Boletines" de Patronatos, Juventudes, Organizaciones Católicas, etc.

Pídanse precios y muestras.

se ha trasladado a la calle Mayor núm. 6, segundo derecha

Ayuntamiento de Madrid

Una mirada a la tierra

EL CRECIMIENTO

Una de las más grandes maravillas de la creación y que pasa totalmente inadvertida de la mayoría de las gentes es el crecimiento de los vivientes.

Y sin embargo está patente a la mirada de todos, mirada distraída e idiota que no percibe tanta grandeza como se realiza de continuo ante sus ojos.

—El viviente—vegetal o animal—nace, merced a un conjunto de circunstancias asombrosas y comienza su vida en un ciclo de continuas maravillas, pero entre todas, quizás la más estupenda, la más absurda podríamos decir, es el crecimiento.

Vemos asomar apenas por la tierra un hilillo delgado, como hierba fina y tierna; voco a poco, pero incesantemente, lo vemos salir más, y se estira, va creciendo, se vuelve más grueso y adquiere nueva figura con nuevos órganos. Al poco se ha robustecido el tallo, han aparecido ramas, brotan hojas, flores, frutos. Lo que no era más que un filamento que verdeaba en la tierra, luego es un árbol corpulento con ramas robustas y abundantes, llenas de hojas y frutos.

Y así todos los árboles: la higuera del huerto, el peral, los chopos del río, los olivos, el pinar vecino..., todos.

Ved el trigo cuando comienza a aparecer. En la llanada de monte que mira ansioso el labrador; verdea ligeramente el suelo apenas perceptible para el profano. El dueño del campo que atisba el momento, ve gozoso aquel débil indicio; poco después toda la llanura se ha teñido de hermoso verde; va creciendo, los tallos ganan altura y robustez y viene luego la espiga llena en aquel mar de mies que será pan abundante y rico para el año.

En todos los vegetales, en todos los vivientes lo mismo.

Todos los vivientes es producen en sucesión continua comenzando de un germinar y en crecimiento constante hasta acabar su ciclo vital. Pero fijémonos un poco en ese crecimiento continuo que vemos sin asombro.

Un gato, un perro, un viviente cualquiera, desde el principio, crece; crece todo él. Crecen los ojos, las narices, el morro, las patas, la cola, la cabeza...

Y lo mismo evidentemente en el interior, los sesos, el pulmón, el corazón, los nervios, el estómago...

Vemos con gozo el crecimiento. Nos preocupamos si se detiene, cuando vemos que un niño no crece.

Y crece todo. Observamos que ha crecido la boca; pero en la boca han crecido los labios y los dientes, la

lengua, el paladar, los carrillos..., y, como es natural y para mayor asombro, ha crecido la piel, se han hecho más gruesas las venas, los nervios, todo, y todo a la vez.

Es una maravilla tan estupenda que si no la viéramos creeríamos que era un absurdo y una locura.

Imaginemos el crecimiento en cualquier industria humana. Un hombre hace una casa, pero desde el principio la hace con un plan que es el del tamaño definitivo. Va haciendo los cimientos, levanta paredes, echa el tejado y hace las divisiones interiores. Ya está la casa y así estará hasta que una reforma ordene el derribo o se desmorone por la acción del tiempo.

Si quiere el dueño hacerla mayor, amplía el solar, hace nuevas paredes y queda agrandada la casa. Se ha añadido una construcción a la que ya había.

Supongamos que un constructor quisiera proceder como en los seres vivos y comenzase por hacer una caseta rudimentaria de tabiques débiles como para un albergue de un guarda de monte; luego quisiera hacerla mayor y haría más gruesos los tabiques y los separaría dándole más espacio y tendría que rehacer los cimientos y levantar más alta la techumbre. Acabada la ampliación volviese a la misma tarea de nuevos y más gruesos cimientos, mayores muros y otra separación de paredes y tabiques y techumbre; nuevas ventanas mayores. Ahora se pensaría en instalar otros departamentos; cocina, fregadera, retrete, conducción de agua y luz. La siguiente ampliación sería más difícil aún, porque además de ser mayor el número de paredes, requeriría el cambio de tuberías por otras mayores proporcionadas a los nuevos servicios; tuberías de agua de fregadera y retretes. Cada aumento en el tamaño de la casa supondría un trabajo enorme en cada uno de los elementos de la construcción. Seguramente no se llevaría a cabo.

Del mismo modo podemos razonar con un constructor de un objeto cualquiera, de un automóvil. Supongamos terminado y perfecto el objeto, pero quiere otro mayor y pretende agrandar en la debida proporción pieza por pieza. Hace un poco mayores las ruedas y tiene que agrandar las llantas, radios, cubiertas, neumáticos..., hay que agrandar los ejes, engranajes, palancas, motores, faros, asientos, cristales... Y supuesto el absurdo de haberlo realizado todo, volver a empezar para agrandar de nuevo y proseguir en ese empeño loco de agran-

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Las circunstancias actuales nos han obligado a suprimir un número de EL ECO DE LA CRUZ, convirtiéndolo en mensual.

NO APARECERA, PUES, MAS QUE EL PRIMER VIERNES DE CADA MES.

Claro es que esto solamente hasta que cambien las circunstancias, y por tanto, será por poco tiempo.

Suscriptores que atendiendo nuestro deseo, nos han enviado el pago de su suscripción con sobreprecio:

Dña Luisa Sotera, viuda de Pamplona, 25 pesetas.

D. Gonzalo Aruebo, de Jerez de la Frontera; Superiora de la Casa de Maternidad, Lérida; doña Apolonia Campillo, Játiva; D.^a Francisca Muela, Mediana; doña Virgilia Fierro, Atea; doña Carolina Navarro, Vitoria; doña Juana Subirón, Báguena; don Alfonso Guitérrez, Sevilla.

damiento incesante de cada pieza para obtener un automóvil mayor.

Este delirio no se llevaría, no podría llevarse a efecto. El constructor de la casa y el del automóvil pondrían la construcción de otra casa mayor o de un automóvil mayor y nada más. Sólo el intento de seguir este disparatado desarrollo de crecimiento sería bastante para juzgar loco al que lo pensara.

Pues bien esa locura es la que estamos viendo de continuo; no por etapas, como en el caso imaginado, sino en un ensanchamiento constante y perfectamente integral y armónico.

Crece todo: ojos, pelos, piel, dientes, sangre, venas...

Pero para mayor alarde y absurdo crece sin interrupción. La construcción de la casa exigiría la ocupación exclusiva de los constructores, sin utilizarla el dueño o inquilino durante la construcción ni en el periodo de crecimientos sucesivos.

En los seres vivos el crecimiento es continuo y en plena utilización de todo el complejo orgánico. Crece pero funcionan sin cesar los ojos, la piel, las venas, el estómago, las patas...

¡Qué maravilla tan estupenda y tan inadvertida!

JUAN DE LA CRUZ

Para las Parroquias, Círculos, Patronatos, Colegios, Fábricas, es "El Eco de la Cruz" un periódico de propaganda social y religiosa sana popular.